

González, Javier Roberto

Dos instantes de Juan de la Cruz

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

González, Javier R. “Dos instantes de Juan de la Cruz” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/dos-instantes-juan-de-la-cruz.pdf> [Fecha de consulta:]

Dos instantes de Juan de la Cruz

(Palabras de Inauguración del Sexto Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología,

UCA, 17 de Mayo de 2016)

Javier Roberto González

Decano

Facultad de Filosofía y Letras - UCA

“Textos y estilos del amor hecho historia”. Tal el lema que los organizadores de este Sexto Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología –al que me complace sobremanera, en nombre de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica Argentina, dar la más cordial bienvenida a todos ustedes– han elegido como eje temático vertebrador de las distintas conferencias y sesiones de ponencias. Así dicho, el tema puede parecer, por lo abarcativo, ineluctablemente inasible, inabordable: la entera historia de la literatura y del arte, el devenir entero del pensamiento humano, no se han ocupado a lo largo de los siglos de otra cosa que del amor, de la muerte, del tiempo; no hay más temas ni más “asuntos” que estos, y es por estos, solo por estos y por la fascinación, la inseguridad y la angustia existencialmente concretas que estos suscitan, que la humanidad ha llegado a la necesaria postulación de los dioses o de Dios. Afortunadamente, la organización de nuestro Congreso ha sido más específica, y ha ceñido la consideración del inconmensurable amor a una manifestación más acotada y bellísima, la del amado en el amante, esto es, la de las diversas alternativas y formas de unión, intercomunicación y fusión de los sujetos que mutuamente realizan la acción de amar. Es a partir de esta propuesta ceñida y pregnante que me permitiré mencionar aquí, con extrema brevedad, dos textos sanjuaninos que tributan con sobrecogedora belleza a este misterio del amor recíproco y unitivo.

El primer texto es el de los dos versos finales de la estrofa quinta de la “Noche oscura del alma”, ese terso pareado hepta-endecasilábico que celebra a la noche por haber juntado *amado con amada,/ amada en el amado transformada*.¹ No hay aquí, en rigor, figura. No hay tropo. No hay casi

¹ San Juan de la Cruz, *Obras completas*. Edición preparada por Eulogio Pacho. 9ª ed. Burgos, Monte Carmelo, 2010, p. 151.

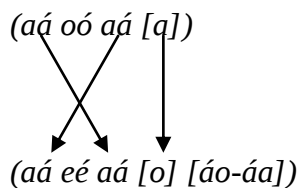
imagen. Podría inclusive afirmarse que hay pura conceptualidad, y con ella, el riesgo cierto de la peor muerte para la poesía y el arte: la de la abstracción. Y sin embargo, el concepto se redime y la abstracción se conjura, la inevitable muerte se torna vida y la poesía renace gloriosamente, más plena y eterna, no ya mediante una representación plástica –que no la hay–, sino a través de una imagen puramente acústica, irrepresentable e inimaginable en términos de visualización o espacialización. La poesía logra de este modo su mayor proeza: significar trascendiendo el concepto no ya por vía de una representación imaginal, sino por vía de la música, de esa música que, como quería Schopenhauer, es la pura voluntad –esto es, el mismo amor– que antecede a cualquier representación. Saboreemos una vez más estos versos, como sin duda hemos hecho antes cientos de veces quienes aquí nos hallamos reunidos; dejémonos cautivar de nuevo por su dulcedumbre sonora, por esa magia indescriptible e inexplicable de simetrías acústicas, de correspondencias cruzadas de *aes* y *oes*, de conversión y mutua potenciación de bilabiales nasalizadas y dentales fricativas suavísimas, de luminosa transparencia aportada por las vocales claras, netas, solo posibles en castellano. Advertiremos al cabo de esta experiencia de abandono estético que el *sentido* de la unión y la fusión plenas de los amantes no radica en los conceptos expuestos –muy secamente expuestos–, sino en el despliegue de los sonidos mismos, y comprobaremos que la cabal *transformación del amado en el amante* se nos presenta aquí como una *donación recíproca de formas* –¿acaso de *naturalezas*, según el modelo crístico?– que el texto realiza y realza mediante la progresión de pies rítmicos que alternan y funden sus vocales femeninas y masculinas y las hacen corresponderse y espejarse como un subyugante *eco* que convierte, en el paso de un verso al otro, a la A de la amada en la O del amado, y a esta en aquella, esto es, que sonoramente diviniza lo humano y humaniza lo divino:

amado con amada

(aá oó aá [a])

amada en el amado transformada

(aá eé aá [o] [áo-áa])



El segundo texto que aduciré es la duodécima estrofa del “Cántico espiritual”. *¡Oh cristalina fuente,/ si en esos tus semblantes plateados/ formases de repente/ los ojos deseados/ que tengo en mis entrañas dibujados!*² Aquí sí hay figura. Aquí sí el símbolo es representativo, plástico, visual. Y se trata de un símbolo bien tradicional, atestiguado tanto en las doctrinas védicas de la India como en textos del Islam, tanto en la poesía clásica latina de Virgilio y Ovidio como en los libros de caballerías castellanos del siglo XVI³; se trata del motivo del espejo capaz de reflejar no ya a quien se mira en él, sino a la persona amada de quien se mira en él, motivo visual que encuentra perfecto paralelo sonoro en el tópico del eco que, en vez de repetir la propia voz de quien emite, hace escuchar en este la voz de la persona amada. Ovidio nos ha dejado la versión canónica de ambos aspectos del motivo de la reflexión del amado, la luminosa o del espejo, y la acústica o del eco, en su célebre versión del mito de Narciso, aunque narra la historia racionalizándola en exceso: no se trata de que Narciso se haya enamorado de sí mismo de tanto verse reflejado en las aguas espejadas de la fuente, sino que se vio en ese espejo porque ya se amaba a sí mismo, y solo pudo verse a sí mismo como único objeto de su deseo; pero como contrapartida de este autoerotismo de Narciso en el plano visual, en el plano sonoro Ovidio nos relata la historia de la ninfa Eco, enamorada de aquel sin ser correspondida, que aparece condenada por los dioses a repetir las últimas palabras de cada una de las cosas que dice el joven, esto es, a reflejar acústicamente a la persona del amado.⁴ En su estrofa, San Juan hace pedir a la amada poder ver en las aguas espejadas no meramente a la persona o el rostro del amado, sino *los ojos* de este; se busca un doble juego de miradas, una interpenetración visual exactamente equivalente a la interpenetración fusiva que hemos visto en el juego de sonidos y de ecos del *amada/amado* de la “Noche oscura”. Pero hay algo más: la amada pide ver, percibir, lo que ya ama, los ojos *deseados* que tiene ya *dibujados* en sus *entrañas*, en su afectividad; se invierte así la clásica prelación del *cognitum* sobre el *volitum*, no por sofisticarías o pretendidos escolasticismos de parte del poeta, sino por

² San Juan de la Cruz, *Op. Cit.*, p. 763.

³ Cfr. Suárez Pallasá, Aquilino. “El simbolismo del fenómeno de la reflexión acústica y luminosa en las *Églogas* de Virgilio”, *Letras*, 29-30 (1994), 67-87 (primera parte), y 31-32 (1995), 111-140 (segunda parte); y González, Javier Roberto. “Morfología y sentido de la aventura maravillosa. (Las aventuras del espejo en *Primaleón* y *Platir*)”, en González, Aurelio, *et alii* (eds.) *Palmerín y sus libros: 500 años*. México, El Colegio de México, 2013, pp. 213-239.

⁴ Ovide, *Les métamorphoses*. Texte établi et traduit par Georges Lafaye. 2 vols. Paris, Les Belles Lettres, 1928, III, 339-510, vol. I, pp. 80-86.

necesidades retóricas, por exigencias de la figura histerológica que impone dar prioridad temporal a lo que se desea enfatizar, aunque cronológicamente deba ser posterior. Y lo que quiere enfatizar San Juan, siempre, es el amor. Y no solo pide la amada ver lo que ya ama, sino pide implícitamente ser vista por aquel a quien ama, por esos *ojos deseados* que espera surjan en la fuente. Es la reciprocidad plena, el intercambio fiel, la donación mutua que convierten a esa fuente cristalina y plateada –que en sus comentarios San Juan identifica doctrinariamente con la fe– en un *lecho nupcial*, en un *espacio físico y espiritual de fusión*: el espejo es la fecundidad del amor, es la exclusividad de una unión total que es, finalmente, conocimiento, amor, y *fruición*, y por serlo, es una *prefiguración* –no otra cosa es la experiencia del místico– *del cielo en la tierra*. Es, en suma, la *vida* plena que se nos impone plásticamente como agua, como luz-fuego y como aire mediante ese brillo transparente de la fuente que se asocia a la plata y al cristal, y que en su oblicua referencia a los elementos tradicionales parece excluir por completo, en este adelanto del cielo, toda presencia de la mera tierra.

Así entonces, estos dos célebres fragmentos sanjuaninos nos hacen asistir, acústicamente el uno mediante la música de los sonidos transconceptuales, figurativamente el otro mediante la luz, la transparencia y la pureza de las miradas dobles, a las primicias del *amor definitivo* y de la *plena unión del amado en el amante*. La música y la luz han sido los caminos y la materia de esta proeza de la poesía; la música y la luz, para los medievales, eran las dos formas posibles de manifestación de lo celeste, la expresión misma de esas esferas que rodeaban a la tierra –esa tierra que aquí no se nombra– y la movían desde y hacia Dios. Y decir que la música y la luz, que la música-luz, *mueven*, equivale a decir que son el amor mismo, según sentenció Dante en el verso final de su monumento poético.

Que la música y la luz –esto es, el amor de Dios– sean también las guías, los motores y las metas de las actividades de este Congreso.